

¿Cómo reconocer a un poeta?, por Ana C. Chávez

Miel y Salmuera

(A Juan Chávez López)

La poesía camina junto a nosotros muchas veces, pero pocos saben reconocerla cuando los toma de la mano, les sonríe o les da un abrazo. A veces es tan sutil y fresca como la mirada de un niño, o anda con el cabello ensortijado retando a la brisa vespertina. La poesía acostumbra a andar con la torpeza característica de quien se mueve apuntándole a las estrellas, porque lo terrenal nada le importa.

Conviví con
la poesía desde la infancia, y con frecuencia no la identifiqué
como tal, creyéndola
un toque de locura heredada. Hoy, de adulta, en este mundo
caótico en el que sobrevivo,
la redescubro a diario en cada álbum familiar, se posa delante
de mí, altiva,
desnuda, pero también sencilla y con aroma al café de la primera
hora.

Un poeta
puede parecer un hombre o una mujer común, pero se sabe
diferente al resto. En
el vértigo de sus ojos de gato está la trampa de la palabra, un
tanto
escurridiza. Su instinto felino de cazador nocturno, percibe el
sonido ideal,
el cascabel que ronda los cuellos y anuncia la llegada del
verso. El poeta
prepara los alimentos con la ceremonia de quien escribe un
cuento, selecciona
personajes, ata y desata nudos. Brinda a tu salud y a la de
otros poetas, y
vuelve a brindar por la poesía, por la pintura, por la joven de
pecho virginal,
por la mujer de caderas bendecidas, por la melena roja de la
amante, por el torso
varonil del éxtasis ocasional.

El poeta
abre tus muslos, te bebe la boca recitando flores, sudando

canciones. El poeta
guarda un maletín añejo, con obsequios nuevos en cada visita,
porque el poeta
te sabe y te memoriza, y te piensa, aunque no lo creas. El poeta
pierde cosas, también
la cabeza, pero acumula ternura, se fuma la pipa de la paz con
el mismo diablo,
sentado a su diestra.

Usted percibe
al poeta, y lo toca, y le habla, lo descubre, luego crece, y se
reconoce hija
de poeta, sobrina de poeta, amante de poeta, y usted no se hace
poeta pero
quiere serlo. Un día se ve con el pelo revuelto, la mirada
valiente, el gesto de gato al acecho de la palabra, hace las
paces con el demonio
que es usted, abre sus muslos, vuelan sus pechos maduros y se
preña de poesía.

“Siempre he tratado de entender a los demás.

No ha sido fácil que me comprendan a mí.

Por ejemplo, si bebo un solo trago

dicen que soy un borracho empedernido.

Si me ven leyendo un libro en el parque

corren el rumor de que soy un hombre estudioso.

Si escribo un breve artículo en el periódico

me confunden con un consumado intelectual.

Si camino lentamente bajo la llovizna

me tildan de loco de atar.

Si evado por un momento la multitud

me descartan por solitario.

Si abogo por otro «mundo posible y necesario»

dicen que soy un soñador”.

Del «Poema para atrapar sueños»

Juan Chávez López

*“En el desprendimiento de las soledades
que alumbran a los pasajeros de la noche
me acecha la nostalgia.*

*Caminos quejumbrosos
me llevan a sitios lejanos
poblados de vigiliass eternass
cuando los
caballos me llaman en la hierba.*

*Una canción de galopes sombríos
retumba en mi garganta de jinete sediento
como una tempestad de alegrías y truenos.
Las estrellas me guían en las tribulaciones
que acumulan el óxido de las monedas antiguas.*

*Navego por los vientos del sur
acompañado de un amor ultramarino
los puertos me conmueven
en sus muelles de idilios clandestinos
y vuelvo en secreto a las casas altas del insomnio.*

*Después continuó tranquilo
envuelto en papeles olvidados.*

*Viajo a pie sin cansarme
hacia la tierra de los anhelos
apenas con la manutención del día”.*

De «Solamente yo sé la sed que tengo»

Juan Chávez

anachavez28@yahoo.es